

J. Maiso, *Desde la vida dañada. La teoría crítica de Theodor W. Adorno*, Madrid, Siglo XXI, 2022, 350pp.

No hay pensador cuya teoría no haya sido convertida en *clichés*. Es posible que la fijación en estereotipos sea consustancial a toda interpretación, al menos en sus primeros pasos. Pero esto no quita que supongan un obstáculo para una interpretación mínimamente lograda. Además, hay casos y casos. El de Theodor W. Adorno es particularmente grave: aparece como “un autor tal vez sutil y brillante, pero que ya no tiene gran cosa que decirnos”, acusado de “pesimismo, elitismo, eclecticismo y resignación política” (p. 9); paladín de un radicalismo extravagante, innecesario. El problema es que sus considerados epígonos, fundamentalmente Habermas y Honneth, así como las reconstrucciones de la Escuela de Frankfurt y la historiografía del “marxismo occidental”, han contribuido a confinar a Adorno en estos lugares comunes y, en definitiva, a neutralizar su potencial crítico. Todo intento de actualizar a Adorno ha de enfrentarse directa o indirectamente con estas interpretaciones que, en la medida en que se consideran seguidoras de su pensamiento, ya lo habrían metabolizado.

“Desde la vida dañada” sigue la estela de trabajos que, en las últimas dos décadas, han reivindicado el interés de Adorno señalando las insuficiencias de las reconstrucciones habituales. Jordi Maiso afronta seriamente el problema de la actualidad del pensamiento de Adorno, que no remite tanto a separar lo vivo de lo muerto cuanto a la pregunta de qué significa nuestro presente ante él. Ataca a los tópicos y a las interpretaciones habituales sin resbalar hacia discusiones exegéticas tan propias del “modelo de la disección académica forense” (p. 13). El dominio sorprendente de la obra de Adorno (a quien escribe la reseña le ha impresionado particularmente el trabajo realizado sobre *Minima Moralia*) da a la lectura de Maiso la concreción y la transparencia de quien anda pegado a los textos. Pero la prioridad del pensamiento y de la escritura es dirigirse al objeto: lo que está en juego no es la “verdadera lectura de Adorno”, tampoco el “Adorno oculto tras los tópicos”, sino poder seguir registrando las huellas de lo social allí donde produce sufrimiento.

Pienso que no miento si afirmo que Maiso es capaz de hacer a Adorno más comprensible de lo habitual. Esto habla bien de su escritura, pero considero que va más allá de una decisión de forma. Aquí los textos de Adorno adquieren su inteligibilidad porque se construye el núcleo de experiencia al cual responden. Esto no es solo una “cortesía del filósofo” para entender el “contexto”, es el modo de interpretar de quien no olvida el núcleo temporal de toda verdad, condición para “reivindicar la vigencia de Adorno sin

negar la distancia histórica que nos separa de él” (p. 10).

Así como leemos a Adorno partiendo de que nuestro tiempo ya no es el suyo, aunque ciertos problemas persistan, Maiso lee la teoría crítica de Adorno como un esfuerzo para actualizar las tareas de la crítica en un tiempo que ya no es el de Marx. Adorno aparece como un pensador relevante para la crítica del capitalismo contemporáneo, especialmente para el análisis de sus formas de socialización, es decir, de cómo la lógica social se reproduce a través de la constitución de los sujetos vivos.

El libro consta de dos partes de tres y cuatro capítulos respectivamente. En la primera, titulada “El núcleo de experiencia y las coordenadas de la crítica”, Maiso muestra el arraigo de la teoría crítica de Adorno para atacar a esos tópicos insistentes: el de resignación, el de desconexión de la praxis y el de que habría abandonado a Marx y a la crítica de la economía política. En la segunda, “Adorno y la teoría crítica del capitalismo”, construye la crítica adorniana del capitalismo posliberal. Aunque la prioridad son los diagnósticos adornianos, en *Desde la vida dañada* la teoría crítica no pierde nunca de vista estos tres momentos históricos y las transformaciones de sus respectivos núcleos de experiencia: el capitalismo liberal que criticó Marx, el capitalismo posliberal que criticó Adorno y el capitalismo neoliberal actual.

El tiempo de Marx. Constitución invertida: “antes de la revolución”

Marx podía elaborar una crítica immanente de la sociedad burguesa, que prometía convertir a los individuos en verdaderos sujetos libres, pero hacía que la reproducción de su vida dependiera de convertirse en “personificaciones de funciones económicas”. Así, la crítica de la economía política ponía de manifiesto un mundo invertido. Los fines de la vida humana se habían convertido en medios para la reproducción del capital. En este sentido, Marx se refería al valor como un “sujeto automático” para señalar que la forma social del valor, cosificada, aparecía frente a los individuos con la apariencia de un sujeto. Si el sujeto era el proceso social, no lo eran ellos. La crítica de la ideología permitía denunciar la apariencia cósmica de las relaciones sociales y criticar a las teorías que eran cómplices con su naturalización, pero también mostrar el carácter falso de la sociedad al confrontar su racionalidad immanente con los principios del liberalismo burgués. Pese a la referencia al sujeto au-

tomático, que no podía no ser irónica porque refería en última instancia a praxis coagulada, Marx tenía al proletariado como el sujeto de la historia. Por eso, aún podía imaginar un destinatario de la crítica, así como suponer una unidad entre teoría y praxis, al menos hasta el fracaso de las revoluciones de 1848.

El tiempo de Adorno. Socialización total: “tiempo de resistencia”

A partir de los años treinta y cuarenta del siglo XX, con el desarrollo del fascismo y el capitalismo monopolista, asistimos a la consolidación de un modelo de socialización capitalista cada vez más omnímodo e integrador. Aunque está presente en todo el libro, Maiso dedica específicamente el cuarto capítulo a este diagnóstico. Una enorme concentración de poder social, económico y político desempodera a los individuos y marca la vida con el signo de la heteronomía. Adorno suele decir que nunca ha sido tan grande la desproporción entre poder e impotencia de los sujetos vivos; es este rasgo el que une al capitalismo y al fascismo como sociedades de “socialización total” a pesar de sus evidentes diferencias. Esta “unidad de la época” es tratada en el capítulo tercero, que también, en liza con la lectura habitual de *Dialéctica de la Ilustración*, muestra el vínculo que esta mantiene con Marx. Adorno elaboraría una “protohistoria del presente como perpetuación de la prehistoria” (p. 130). La dialéctica entre lo actual y lo arcaico, que en absoluto pretende una filosofía negativa de la historia sino colocar el presente “bajo la luz adecuada”, hace visible la fatalidad que ha dominado la historia hasta ahora; a esto refería el concepto marxiano de prehistoria.

Para Adorno, el capitalismo se convierte en mucho más que un modo de producción: deviene un modo de constitución de la vida en su conjunto. Es capaz de penetrar hasta las dimensiones más íntimas de los individuos. El diagnóstico de Adorno se apropia de las categorías de la crítica de la economía política, pero las transformaciones de su objeto le impulsan a ir más allá de ella. La crítica del capitalismo debe atender a las formas de socialización, es decir, al modo en que los sujetos vivos son capaces de interiorizar y reproducir una sociedad crecientemente irracional que alberga cotidianamente la barbarie. La crítica de la industria cultural y el recurso de la teoría crítica al psicoanálisis han de ser entendidos como intentos de abordar el “enigma de la docilidad”, en palabras de J. Antonio Zamora.

Frente a las lecturas habituales, Maiso argumenta en el capítulo quinto que en la crítica de Adorno a la industria cultural no está tanto en juego la idea de cultura o la crítica a la cultura de masas, como las transformaciones fundamentales de la socialización capitalista. Con la mediación de la industria cultural, que es una instancia socializadora fundamental, la sociedad del intercambio se constituye como una

totalidad reproducida a través de agenciamientos subjetivos. No es que una lógica sistémica colonice una lógica distinta, la de la acción, sino que se reproduce precisamente en y a través de la acción de los individuos. Esta cuestión fundamental, que pone en problemas un concepto como el de *mundo de vida*, queda resumida en la formulación de Adorno de que los individuos son objetos, no sujetos, del proceso social que mantienen como sujetos.

En el capítulo sexto, Maiso analiza la transformación antropológica que supone el capitalismo avanzado en los seres humanos que lo mantienen en marcha. En una sociedad crecientemente integrada, la figura del individuo autónomo que posibilitó el capitalismo, aunque fuera por aquello de que las mercancías no podían ir por su propio pie al mercado, se deshace. La sociedad se impone a los individuos dañándolos. La irracionalidad de la sociedad racional se pone de manifiesto en la psicología del sujeto atrapado. Adorno diagnostica un Yo débil, que ha perdido los rasgos de singularidad, continuidad y sustancialidad del carácter porque no puede sino quebrarse para adaptarse a los continuos shocks que jalonan su vida.

Escribía Adorno a Löwenthal en 1942:

El mismo concepto de vida, entendida como centro unitario de acción y de sentido, carece ya de toda realidad, al igual que el concepto de individuo, y la función ideológica de las biografías no es otra que demostrar a los hombres, presentándoles este o aquel otro modelo, que todavía existe algo parecido a la vida.

Dada su fragilidad, el Yo busca mecanismos de compensación, es decir, estrategias para dar salida a lo reprimido sin contravenir la norma social, como son la adhesión al nacionalsocialismo, el antisemitismo, pero también el atractivo de fenómenos como la astrología. En realidad, señala Maiso, son formas de capitular ante lo existente, de reforzar la inmanencia del sistema. Este diagnóstico de las necesidades compensatorias o gratificaciones sustitutorias lleva a Adorno a entender la crítica de la ideología de una forma distinta; esto se trata en el séptimo capítulo. La adhesión a estas ideologías no se produce porque sean consideradas verdaderas, sino porque en ellas encontramos algún tipo de respuesta a necesidades, anhelos, que no son del todo racionales. Con lo cual, son convicciones que no se desharán por demostración de su falsedad. La crítica debe actuar señalando las disposiciones subjetivas que están a su base.

Pero Adorno está diagnosticando tendencias, no hechos consumados. Además, como bien explica en diversas ocasiones Maiso, “como punto de encuentro entre la realidad externa e interna, el Yo se revela así un campo de tensiones: un escenario privilegiado de los conflictos entre las exigencias de adaptación y el potencial de una posible emancipación” (p. 275). La socialización encuentra su límite en los sujetos vivos, que nunca podrán ser totalmente idénticos a aquello que la sociedad ha hecho de ellos. Si es capaz de ha-

cer elocuente el daño que la sociedad inflige al individuo –“las cicatrices y heridas en el sujeto [...] son un memento de la no identidad” (p. 276)–, la teoría crítica contribuye a mantener la posibilidad abierta. Eso sí, nos advierte Maiso, esas heridas no son de suyo garantía de nada.

De esta determinación del núcleo de experiencia al que responde la teoría crítica de Adorno, se deriva, por un lado, el bloqueo de la praxis y, por otro, el cierre del camino a la misma teoría crítica. Sin un sujeto logrado, la posibilidad de una praxis transformadora se desvanece. Pero la filosofía, la reflexión, como rezan las primeras líneas de *Dialéctica Negativa*, se mantiene con vida porque dejó pasar el instante de su realización. Adorno proponía el modelo de la “ciencia del duelo” [*Traurige Wissenschaft*] para la teoría que se hace con el horizonte de expectativas clausurado, una que como nos advierte Maiso en el segundo capítulo, el teórico no mantiene una pureza individual frente a la lógica social que trata de descifrar: el espíritu está anclado prácticamente. El espacio de autonomía por el que lucha la teoría es el de la autorreflexión sobre sus propios condicionantes. Así se ha de entender la definición que da Adorno de crítica como la actividad en la que “el espíritu tira de sus propias cadenas” (p. 84).

Por eso, tal como Maiso pone en evidencia de forma específica en el primer capítulo, levantar acta de la situación de bloqueo no es resignarse, no es “contemplar estoicamente las ruinas”. La tesis once de Marx debe ser releída. Giro a la praxis también en la teoría. Tomarse en serio la praxis, en la estela de Marx, pero también de Kant, supone perseverar en la posibilidad de una acción consciente que transforme las relaciones sociales que imponen una situación heterónoma. Esto exige no darla por sentado en un mundo alienado, sino mantenerla como tarea. La libertad solo puede ser rastreada en la autorreflexión. Ahora bien, la teoría crítica está en una situación contradictoria que no hay que disolver: mientras que la situación de bloqueo de la praxis la convierte en lugarteniente de la libertad en medio de la no libertad, es consciente de que la teoría no se basta por sí misma, –la autorreflexión, por muy radical que sea, no es más que eso–, sólo se convierte en fuerza material si conecta con un sujeto. Maiso hace bien en recordar este límite de la teoría para no malinterpretar a Adorno como alguien que la sobreestima. Es una herida que constituye a la teoría: “el daño que produce la ruptura de

este vínculo entre la teoría y su destinatario histórico no puede considerarse algo meramente anecdótico; es el elemento que marca la cristalización específica del proyecto de la teoría crítica” (p. 69).

Nuestro tiempo. Integrados y sobrantes: tiempo

No hay duda de que sus análisis no pueden aplicarse sin más a la sociedad actual [...] pero, al mismo tiempo, ciertos pasajes de Adorno parecen anunciar la génesis de algunos de los rasgos más distintivos de la configuración del capitalismo contemporáneo. Estos rasgos tienen que ver, ante todo, con las aporías de la individuación en el capitalismo avanzado (p. 245).

Maiso afirma en la Coda que cierra el libro, titulada “El «límite de la cosificación»: Adorno, el tardocapitalismo y nosotros”, que precisamente por su capacidad de captar lo lúgubre de su tiempo, los análisis de Adorno tienen gran actualidad. El nuevo tipo humano descrito por Adorno no es muy diferente del individuo que debe sobrevivir a la precariedad actual en condiciones de trabajo desreguladas: el trabajo “flexible” exige quebrarse para adaptarse. Pero sí que hay un cambio sustantivo que determina nuestro núcleo temporal en relación al de Adorno: ya no es la integración la que genera miedo y angustia, sino el quedarse fuera en un momento en que ni el empleo garantiza no pasar hambre. La sociedad actual se caracteriza por suprimir a los seres humanos sobrantes antes que a explotar su fuerza de trabajo, señala Maiso haciendo referencia a Robert Kurz (p. 330). Por otro lado, la crisis ecológica dota de nueva actualidad a la crítica adorniana a un modelo de sociedad y de racionalidad basados en el dominio de la naturaleza externa e interna.

“Desde la vida dañada” marca un antes y un después en la literatura de recepción de Adorno: quien quiera escribir sobre su teoría crítica del capitalismo, deberá tener en cuenta la monografía de Maiso. Pero también le ofrece claves a quien quiera seguir con esta tarea hoy en día. No hay que ahorrarse el esfuerzo de conocer la propia impotencia. No hay otro camino para un pensamiento que aspire a que la fragilidad de todo quede por fin revelada.

Joan Gallego Monzó